

EL CIUDADANO VALLS

ANÁLISIS
ALBERTO
AYALA



Twitter: @albertoayala11

Ya se verá si es el candidato a batir o un bluff. Eso sí, algunos partidos ya se han lanzado a por exsocialistas para sus listas

Estamos ante otra de tantas operaciones de laboratorio que termina en fracaso? ¿O en el inicio del resurgir de una estrella cuyo fulgor parecía haber declinado posiblemente para siempre?

Manuel Valls es desde el martes, como saben, precandidato a la Alcaldía de Barcelona. El ex primer ministro francés, de origen catalán, liderará una plataforma con vocación transversal, que de momento sólo cuenta con el apoyo explícito de Ciutadans, pero que aspira a atraerse el apoyo de antiguos votantes del PP, del PSC-PSOE y hasta de sectores catalanistas no independentistas.

Desde que el político galo regresó a su tierra natal para apoyar a los antiindependentistas y se supo que algunos empresarios habían hecho caja común para retribuir generosamente las charlas del exdirigente socialista contra el 'procés', Valls fue tildado de «oportunistas sin escrúpulos». Cuando, además, se conoció que sopesaba el ofrecimiento de Albert Rivera para aspirar a la Alcaldía de la Ciudad Condal, pasó a ser considerado también un «paracaidista».

Es pronto para saber si sus detractores están o no en lo cierto. Él ha asegurado que sea cual sea el resultado que obtenga en las municipales del 28 de mayo, se quedará, echará otra vez raíces en Barcelona. Ya veremos. De momento da clases en Esade y hasta parece haber encontrado el amor por tercera vez con una acaudalada señora.

Que estamos ante una persona que antepone su interés a demasiadas cosas, vamos que es lo que se conoce como un oportunista, resulta bastante más evidente. Y basta con repasar su trayectoria política reciente en Francia.

Alcalde, ministro del Inte-

rior y primer ministro, siempre por el PSF, en 2016 se presentó a las primarias de su partido para convertirse en el candidato socialista a la presidencia de la República Francesa. Fracasó. Entonces rompió el carné del PSF y se arrojó a Emmanuel Macron en busca de cobijo político.

Lo consiguió sólo a medias. El actual presidente, exsocialista liberal clintoniano como él, no puso a uno de los suyos a competir contra el político francocatalán en su circunscripción, lo que le permitió repetir escaño en la Asamblea Nacional. Pero nada más.

Ahora su intento de resucitar políticamente en Cataluña ha causado honda sorpresa en el país de cuya república y de cuya escuela pública ha alardeado siempre. También en el encuentro que mantuvo con varios periodistas españoles, entre los que me encontraba, en la Casa de Francia de Madrid, en su etapa de primer ministro. Un encuentro, por cierto, que se prolongó casi una hora más de lo previsto pese a que alguien aguardaba afuera a ser recibido: Pedro Sánchez.

Valls es un político culto, bregado, preparado y sin demasiados escrúpulos. Si tendrá o no tirón entre los barceloneses, lo descubriremos la noche electoral.

De momento ha roto la monotonía del 'procés'. No siendo todavía nada a veces parece el candidato a batir y no la alcaldesa Ada Colau u otro candidato. Y ha logrado algo insólito: que tres de sus rivales estén sopesando poner como cabeza de lista a un socialista o a un exsocialista: Ernest Maragall por ERC, Ferrán Mascarell por el PDeCAT, además de Jaume Collboni por el debilitado PSC-PSOE.

Monsieur Valls ya es pasado político. Bienvenido senyor/ señor Valls.

EL RINCÓN SOLIDARIO



DE MASTERS A LA CIUDADANÍA

Mientras la política española se entretiene en el debate sobre los masters y doctorados de sus líderes políticos -tema nada baladí, porque en última instancia lo que se está dirimiendo es su honestidad y por tanto la confianza que merece la pena que depositemos en ellos-, el Parlamento Europeo, esta semana, ha estado a otra cosa. A propuesta de la eurodiputada Judith Sargentini, del grupo ecologista, la Unión Europea abriría una vía para sancionar al Gobierno húngaro por actuar contra la libertad de prensa, la falta de independencia del poder judicial y la discriminación de las minorías y de los inmigrantes.

Dicho de otra manera, por atentar contra los Derechos Humanos en tres de sus elementos fundamentales: libertad, justicia y dignidad humana. La política nacional tiende a crear muros; la jurisprudencia europea, a abrirlos. El debate entre Orban, presidente de Hungría, y el Parlamento Europeo es paradigmático y constituye un paso más en el difícil ordenamiento de un mundo cada vez más globalizado. De él, me centro en el último aspecto que hemos citado: la discriminación de minorías e inmigrantes; y lo hago para romper una lanza en favor de la Unión que, si nos tomamos

el trabajo de estudiar su jurisprudencia, es bastante más 'humana' en sus decisiones que muchos de sus Estados miembros. Es cierto que el acuerdo con Turquía -para muchos al menos alega-, la financiación a países de dudosa reputación para retener la inmigración o el vergonzante espectáculo del Mediterráneo constituyen aspectos poco edificantes en la política europea; pero no es menos cierto que estas políticas son consecuencia del actual 'espíritu' de los Estados, del miedo que les inspiran las posiciones más extremas de sus opiniones públicas.

SI NOS TOMAMOS EL TRABAJO DE ESTUDIAR LA JURISPRUDENCIA DE LA UE EN MATERIA DE DISCRIMINACIÓN DE MINORÍAS E INMIGRANTES, VEMOS QUE ES BASTANTE MÁS 'HUMANA' EN SUS DECISIONES QUE MUCHOS DE SUS ESTADOS MIEMBROS

HAY QUE REPENSAR LA CIUDADANÍA O, AL MENOS, EL ACCESO A ELLA. ES CLAVE SEGUIR TRABAJANDO POR UN MODELO NUEVO QUE SUPERE LA RELACIÓN DE PERTENENCIA ESTABLECIDA ÚNICAMENTE EN BASE AL ESTADO NACIÓN

En este debate, el presidente húngaro, Viktor Orban, se ha defendido apelando a la jurisdicción estatal, mientras que desde Europa se le ha contestado invocando los valores europeos y un Tratado que permite actuar si hay riesgo de violar el Estado de Derecho. Conclusión: gobernar sí, pero respetando los derechos de las personas.

En el caso de la inmigración, la discusión ha situado en el centro la cuestión de la ciudadanía. Conscientes de que existe un derecho a emigrar, pero no a ser acogido (esto depende de cada Estado), la cuestión es pensar el 'derecho a entrar'. Hay que repensar la ciudadanía o, al menos, el acceso a ella. Es clave seguir trabajando por un modelo nuevo que supere la relación de pertenencia establecida únicamente en base al Estado Nación. En este sentido, la pauta la está marcando la Carta de Derechos Fundamentales de la Unión Europea de 7 de diciembre de 2000, tal como fue adaptada el 12 de diciembre de 2007, en la que podemos leer: «Los nacionales de terceros países que estén autorizados a trabajar en el territorio de los Estados miembros tienen derecho a unas condiciones laborales equivalentes a las que disfrutaran los ciudadanos de la Unión».

Ramón Ibeas, secretario general de Cáritas Diocesana de Vitoria

